

¿MAESTRO DE TEORIA O MAESTRO DE MUSICA?

por ARNOLD SCHÖNBERG

Quien enseña una composición musical es llamado maestro de teoría. Ahora bien, quien escribe un libro sobre teoría de la armonía incluso es llamado teórico. Pero a un carpintero que debe enseñar el oficio a su aprendiz no se le ocurrirá darse ínfulas de teórico. Se llamará, todo lo más, maestro de carpintería, aunque esto sea más una designación de clase que un título. En modo alguno se considerará como un sabio o cosa por el estilo, aunque al cabo entienda todo lo que hay que entender de su oficio. Si ha de verse aquí una diferencia sólo podrá consistir en el hecho de que la técnica musical es más "teórica" que la técnica de la carpintería. No es tan fácil intuirlo. Pues si el carpintero sabe el modo de dar la necesaria solidez a maderas que entrechocan, combinándolas, se basa en la observación y la experiencia tanto como el teórico musical que sabe combinar acordes eficazmente. Y cuando el el carpintero sabe qué clase de maderas debe usar en un caso determinado, viene a equivaler su conocimiento a la relación de las circunstancias naturales y del material que evidencia al teórico musical, fundándose en lo que puede dar de sí el tema, la duración que debe dar a su obra. Pero cuando el carpintero recurre a estrías para animar una superficie rasa, manifiesta tan mal gusto y casi tan poca fantasía como la mayoría de los artistas, pero siempre tanto como todo teórico musical. Ahora bien, cuando la enseñanza del carpintero se basa, como la del maestro de teoría, en la observación, la experiencia, la reflexión y el gusto, en el conocimiento de las leyes de la naturaleza y las condiciones del material: ¿es tan esencial la diferencia?

¿Por qué, entonces, no se llama a un maestro carpintero teórico o a un teórico de la música maestro de la música? Pues porque se evidencia aquí una pequeña diferencia: el carpintero no deberá nunca entender su oficio únicamente desde el punto de vista teórico, mientras el teórico de la música, ante todo —por lo común— prácticamente no sabe nada: no es un maestro. Y algo más: el verdadero teórico de la música se avergüenza del oficio, pues no es el "suyo", sino el de "otros". Ocultar esto, sin hacer del pecado una virtud, no le basta. El título "maestro" está desvalorizado. Podría uno engañarse —lo que sería una tercera diferencia— pensando que al oficio más distinguido corresponde un título más distinguido, y que por lo tanto la música, aunque se siga llamando maestro al gran artista, como incluso en la pintura se hace, no es sencillamente, la teoría de un oficio, sino la enseñanza de una teoría. Y la consecuencia: ningún arte está

tan obstaculizado en su evolución, en su desarrollo, por sus maestros, como la música. Pues nadie vigila con mayor celo su propiedad como quien sabe que no le pertenece. Cuanto más difícil es demostrar la propiedad a que nos referimos mayor es el esfuerzo para alegarla. Y el teórico, que por lo común no es un artista o es un mal artista (un "no artista") tiene todos los motivos para esforzarse en afianzar su antinatural situación. Sabe que de lo que más aprende el discípulo es del dechado que los maestros le enseñan en sus obras maestras. Y si en la composición se pudiese mirar como en la pintura, si hubiera talleres de composición como hay estudios o talleres de pintura, se vería claramente cuán superfluo es el teórico de la música y que es tan funesto como las academias de arte. El mismo lo presiente y busca una substitución estableciendo en el lugar del dechado vivo la teoría, el sistema.

No pretendo alegar contra la probidad de los intentos que se esfuerzan en la búsqueda de las presuntas leyes del arte. Estos esfuerzos son necesarios. Lo son, ante todo, para las aspiraciones de la mente humana. El más noble de los impulsos, el instinto de conocer, nos impone la obligación de buscar. Y una teoría errónea, encontrada en honesto buscar, está por encima de la aparente seguridad que a ella se opone, pues ésta sólo pretende saber. ¡Saber sin haber buscado! Diríase que constituye nuestro deber reflexionar, una vez y otra, sobre las misteriosas causas de los efectos del arte. Ahora bien, digo siempre de nuevo, siempre de nuevo es lo que digo y siempre empezando por el principio. Siempre de nuevo intentando la propia observación, la propia ordenación. Nada se manifiesta más como dado que lo que llamamos fenómenos. Con razón debemos considerarlos como más eternos que las leyes que creemos encontrar.

Ya que lo sabemos con seguridad, debemos llamar ciencia a nuestro saber sobre los fenómenos mucho más que a las presunciones que pretenden explicarlos. Sin embargo, también estas presunciones tienen su justificación como intentos, como resultados de esfuerzos del pensar, como gimnasia espiritual. Tal vez, en alguna ocasión, como fase previa de la verdad.

Si la teoría del arte se diera por satisfecha con la recompensa de garantizar una honrada búsqueda, nada podría alegarse contra ella. Ahora bien, no quiere esta teoría significar el intento de encontrar leyes: pretende haber hallado las leyes eternas. Observa un número de fenómenos, los ordena según algunas características comunes y de ello deriva leyes. Esto es acertado ya por el hecho de que otra cosa no puede hacerse. Pero aquí se empieza a fallar con la falsa conclusión de que al parecer certeras estas leyes para los fenómenos observados tendrán que serlo necesariamente para todos los fenómenos futuros. Y lo más funesto:

cree haberse encontrado una norma para el esclarecimiento de la obra de arte, incluso de futuras obras de arte. Por mucho que la realidad les haya desmentido, aunque hayan declarado antiartístico "lo que no obedece a sus reglas", no pueden "renunciar a su desvarío". ¿Pues que serían si no se hubieran asido a la belleza, ya que el arte no les pertenece? ¿Qué sería de ellos si quedara para todos por siempre esclarecido lo que demuestra aquí de nuevo sólo uno? ¿Qué serían ellos ya que el arte en realidad sólo a través de las obras de arte se genera, se propaga, y no en virtud de las leyes de la belleza? ¿Habría realmente aún una diferencia a su favor entre ellos y un maestro carpintero?

Podría pretenderse que voy demasiado lejos. Esto lo sabe de todos modos aquel que no prescribe a la estética las leyes de la belleza, intentando derivar su existencia sólo de los efectos del arte. Muy bien: esto lo saben hoy casi todos. Pero apenas hay quien lo tenga en cuenta. Y de esto es de lo que se trata. Lo demostraré con un ejemplo. Creo haber conseguido refutar en mis escritos algunos viejos prejuicios de la estética musical. Que hayan existido hasta hoy sería suficiente prueba para mi aserto. Pero cuando expreso lo que no creo una necesaria exigencia de los efectos del arte: cuando digo que la tonalidad no es una natural y eterna ley de la música, todos pueden ver cómo los teóricos saltan indignados para proclamar su veto contra mi honor. ¿Quién lo aceptaría hoy aunque lo demostrara en forma más rigurosa de lo que aquí se hace?

La fuerza que el teórico necesita para afianzar una situación insostenible procede de su alianza con la estética. Esta se ocupa sólo de cosas eternas. Llega siempre a la vida, por lo tanto, demasiado tarde. Se llama a esto conservativismo. Es tan ridículo como un tren rápido conservador. Pero las ventajas que proporciona la estética al teórico son demasiado grandes para que por ello se preocupe. Cuán poco grandiosas suenan las palabras del maestro cuando dice al discípulo: uno de los más agradecidos recursos para el logro del efecto formal de la música es la tonalidad. Cuán distinto, en cambio, si se refiere al principio de la tonalidad como una ley que debe obedecerse de modo ineluctable en todo efecto formal de la música. ¡En este "ineluctable" se presiente un aliento de eternidad! Atrévete a sentir de otra manera, joven artista, y los tendrás a todos contra ti. A todos aquellos que hace mucho tiempo saben lo que yo demuestro aquí nuevamente. Y te llamarán farsante y te calumniarán.

Desdeñemos todas esas teorías cuando sólo sirven para echarle un cerrojo a la evolución del arte. Y si logran algo positivo, consiste, todo lo más, en ayudar a aquellos que de todos modos compondrán mal a aprenderlo más rápidamente.